

La Copa: el cáliz del corazón

*“Esta es la marca clara y distintiva del verdadero seguidor de Jesús:
sufrir todo por su amor y beber un sorbo de ese cáliz amargo
que él bebió hasta la última gota por nosotros”*

San Gaspar
Carta, 17

Cuando miramos dentro del cáliz, ¿qué vemos? ¿Vemos nuestras penas y dolores mezclados con la compasión de Dios, que se hace sangre de Cristo derramada por la redención de todos? ¿Vemos la culpa y la gracia que han plasmado nuestras vidas? ¿Vemos las pérdidas que nos han dejado desgarrados y siempre sedientos de amor?

Cuando miramos dentro del cáliz, ¿a quiénes vemos? ¿A las personas que de alguna manera nos han lastimado o dañado? ¿A las que nos han traicionado y han partido nuestros corazones?

Cuando miramos dentro del cáliz de nuestros corazones, ¿qué vemos? ¿Vemos ternura, misericordia, y dulces recuerdos? ¿Vemos los errores cometidos y las oportunidades perdidas, que afloran a la superficie o yacen en el fondo de la copa? Si es así, bebámoslos y gustemos el sabor del amor de un Dios que perdona.

Nathan Mitchell recuerda que cuando el sacerdote repite en la Eucaristía la oración de Jesús y pronuncia las palabras de la consagración “Este es el cáliz ...”, no se está refiriendo a la materialidad de la copa (cristal, cerámica o metal precioso), sino a una acción/acontecimiento: “*acontecimiento* que es nada menos que la alianza en la sangre de Cristo, un nuevo comienzo de la historia humana, un nuevo conjunto de relaciones entre Dios, el mundo, y su pueblo”.

Una invitación difícil de aceptar, de modo que antes de beber del cáliz habría que pensarlo bien. Puedo entender perfectamente que alguien se niegue. No por problema de gérmenes, ciertamente, sino por la gracia y el valor que demanda el beber algo que tiene el poder de cambiar nuestras vidas, e incluso la faz de la tierra. “En la copa hay un fuego que arde hasta quemar nuestras entrañas”, escribe Mitchell. “Si pudiera hablar esa sangre ardiente, nos haría temblar de miedo y gratitud”.

Mitchell añade que provocaría algo más que una leve indigestión. “Pronunciaría un juicio sobre nuestro pecado”, escribe. “Querría saber por qué hemos dejado con hambre al niño hambriento; por qué ha quedado la mesa sin preparar y el horno sin prender; por qué el mendigo ha tenido que irse con el estómago vacío, y la viejita ha tenido que dar una ofrenda superior a sus posibilidades. Pero también resucitaría a los muertos, acogería a los sin techo, nos invitaría a todos a volver a casa, llamando a cada uno por su nombre”.

Cuando, llamados por el nombre, miramos dentro del cáliz, ¿qué vemos y qué escuchamos? Sensibilizados ante el contenido de este cáliz, lo más importante que escuchamos es la pregunta que hizo Jesús: “¿Pueden beberlo?”

Transfusión de sangre

Cuando joven, el pastor Clarence Jordan, muy conocido por la serie *The Cotton Patch Gospel*, estaba recorriendo el profundo sur en los años treinta promoviendo la igualdad racial. En una de sus charlas, uno de los estudiantes le preguntó si creía en la sangre de Cristo, a lo que Jordan respondió: “Sí, creo en la sangre de Cristo que corre por tus venas”.

La preciosa sangre de Cristo corre por nuestras venas y nos motiva para todo lo que hacemos y somos. Cuando reconocemos que la sangre preciosa de Jesús corre en los cuerpos y las almas de todos los seres humanos, mantenemos viva la memoria de Jesús. La memoria que quedó grabada en los corazones, las mentes y las almas de los amigos que se reunieron con él en vísperas de su muerte cuando por primera vez lo escucharon decir: “hagan esto en memoria mía”.

Cuando Jesús, sumo sacerdote, subió a esa sala espaciosa que se convertiría en el santuario donde se concebiría una nueva creación con su propia sangre, lo hizo en compañía de sus amigos, de los cuales uno lo negaría y otro lo traicionaría. Allí realizó su Pascua personal con su propia sangre: “Esta es mi sangre, la sangre de la alianza, que será derramada por muchos”.

Cuando nos reunimos en torno a la mesa de la Eucaristía, celebramos nuestra mutua pertenencia. “Tomad, esto es mi cuerpo”—un cuerpo quebrantado y contuso pero hermoso para contemplar y sostener. Un cuerpo llagado y cicatrizado, pero cuyo corazón todavía late y respira con vida. Un cuerpo traicionado, pero que todavía cree en lo mejor que hay en cada uno de los que están sentados a la mesa.

“Después tomó el cáliz, dio gracias, y se los dio; y todos bebieron de él”. Este cáliz contiene la verdad de nuestro ser y el sentido de nuestra pertenencia. Es el cáliz de la nueva alianza. El vino de la compasión. Este cáliz contiene el perdón de nuestros pecados. “Esta es la sangre de la alianza que será derramada por muchos”.

No para pocos. No para algunos. No solo para los que creen, como nosotros. No solo para los que cumplen todas las normas. Sino para muchos, incluidos tú y yo, ellos y nosotros, los enemigos y los amigos. Los muchos incluyen a todos los que están arriba y a los que están abajo, a los que tienen puestos reservados y a los excluidos. Los muchos son los que hacen cola y los que están tan enfermos y cansados o deprimidos o solos que no pueden salir de la cama. Nosotros somos los muchos, porque el saber que la sangre de Cristo corre por nuestras venas influye sobre lo que somos y hacemos.

Hace algunos años, después de un ataque terrorista muy sangriento que tuvo lugar en Tel Aviv, trescientos alumnos universitarios esperaron pacientemente durante seis horas, un viernes, en la biblioteca de la Universidad de Max Elias de la ciudad palestina de Ibillin para dar sangre. Visto desde afuera, un poderoso testimonio de la disponibilidad de los jóvenes para compartir con otros el don de la vida. Pero yendo más a fondo, esa donación de sangre era una profunda y poderosa declaración contra la guerra y el terrorismo. Estos 300 jóvenes eran palestinos que estaban donando su sangre a hospitales judíos para las víctimas del ataque terrorista. El P. Elias Chacour, sacerdote melquita, había organizado la iniciativa de los estudiantes. “Queríamos hacer algo”, dijo, “para enjugar algunas lágrimas de los ojos de corazones desgarrados, y así con nuestra sangre decidimos decir no al terror”.

Cuando bebemos del cáliz, encontramos el valor de vivir de tal forma que el mundo, tan necesitado de una transfusión de ternura, misericordia, compasión, paz y reconciliación, pueda recibir nueva vida a través de nuestro testimonio. El acto de beber del cáliz nos compromete a hacer con los demás lo que los estudiantes palestinos hicieron por sus hermanos judíos después del ataque terrorista en Tel Aviv: estar dispuestos a servir con amor. Con nuestra sangre tenemos que resistir al mal y revelar el amor redentor de Dios. Con nuestra sangre, viviremos

una vida digna de nuestro llamado, viviremos en relación, profundizaremos nuestro compromiso, y continuaremos nuestra lucha por dar voz a la paz que hemos encontrado en la sangre de Cristo.

Así como Moisés roció al pueblo con la sangre de la alianza y salpicó el altar con la misma sangre sellando el pacto para siempre, así también el cáliz contiene la nueva alianza de amor que nos hace una sola cosa. Cuando bebemos de él, la sangre de Cristo entra en nuestros cuerpos y corre por nuestras venas. La sangre de Cristo que late en nuestros cuerpos y en el cuerpo de Cristo nos marca, configura nuestro ser, y nos plasma como comunidad de una nueva alianza.

El que bebe del cáliz bebe una fuerza vital

En el prefacio de la edición del décimo aniversario del clásico de Henri Nouwen, Can You Drink the Cup?, Ron Hansen anota: “Los judíos reconocían la sangre como una fuerza vital, prohibían su consumo, la derramaban como ofrenda por el pecado, temían quedar manchados con ella, y en su celebración anual de la liberación pascual la recordaban como un signo de la alianza con Dios”.

A causa del poder que esta imagen de la sangre tenía para ellos, los creyentes judíos hubieran sentido un rechazo ante la invitación de Jesús: “Tomad todos de él, porque esta es mi sangre, la sangre de la alianza para el perdón de los pecados”. Hansen añade: “El vino era llamado ‘sangre de uvas’ (Gn 49, 11), y llegó a ser un signo de amistad y de acuerdo, un don rejuvenecedor, festivo, lujoso y preludio del banquete celestial, aunque bebido en exceso podía conducir a la ebriedad y al pecado”.

La genialidad de Jesús consistió en unir estos dos símbolos de la sangre y del vino en las vísperas de su muerte al celebrar el ritual anual de la Pascua con sus amigos. A punto de vivir su pascua personal, confiere al vino de la amistad un significado nuevo. Manteniéndose fiel a la verdad sobre el rescate, la libertad y la liberación en los que creían nuestros antepasados en la fe cuando marcaban sus puertas con la sangre de animales para que los salvara de sus opresores, ahora Jesús indica su propia sangre como medio de liberación. “Al compartir el vino”, dice Hansen, “los que eran leales a Cristo se unían a él en el ofrecimiento de su propia sangre por el bien de otros La copa bendita del vino se transformó en la sangre de Cristo, fuente de vida y de salvación para los que la compartían”.

Basándose en los gestos de Jesús en la última cena, Nouwen reflexiona sobre la triple acción de tomar, alzar, beber. En toda Eucaristía “tomamos” el cáliz cuando miramos dentro de él y vemos reflejados en él nuestras esperanzas y heridas, nuestros anhelos y amores, nuestras pérdidas y cruces, nuestros sueños y decepciones, nuestra culpa y nuestra gracia, nuestro pecado y nuestra vergüenza, nuestra belleza y nuestro desencanto, nuestras bendiciones y nuestros sufrimientos.

Partiendo de la interpretación que hace Nouwen del gesto de alzar la copa como “una invitación a afirmar y celebrar juntos la vida”, Hansen observa que el gesto expresa el hecho de “pertenecer a una comunidad con la cual compartimos nuestros temores, nuestras fantasías, nuestra vergüenza, nuestra vulnerabilidad, y autorizamos a otros a hacer lo mismo en un espíritu de bendición y de acción de gracias”.

Por último, al beber del cáliz de vida nos “estamos apropiando plenamente de nuestra existencia, aceptándola con todos sus dolores y alegrías”. A esto Hansen lo llama “el desafío de reconocer sin vueltas lo que somos, haciendo caso omiso de nuestras adicciones, compulsiones, y pecados, y confiando plenamente en Dios como hizo Jesús, cuando en un espíritu de amor incondicional aceptó su misión con todas sus consecuencias”.

Fuego en el cáliz

Aquí lo importante es no solo beber del cáliz sino también escuchar la voz de la sangre o, como ha escrito el P. Barry Fischer, escuchar “el grito de la sangre”, que afirma la presencia real de Cristo como la de alguien que trae el perdón de nuestros pecados por medio de su sangre.

Nathan Mitchell cree que hoy a muchas personas les cuesta beber del cáliz porque les choca la imagen de la sangre derramada. Pero justamente de eso se trata, “de afrontar la sangre derramada”. Porque “sin el cáliz, la Eucaristía podría fácilmente transformarse en una cena elegante”, dice Mitchell, “en la que, rodeados de amigos, aromas, luces y música, comemos tranquilos mientras en el resto del mundo sucede de todo. La elegancia puede hacernos olvidar nuestros orígenes, y los orígenes de lo que comemos y bebemos”.

El cáliz no nos dejará olvidar, según Mitchell. “No nos dejará hacer oídos sordos al grito de abandono que rasgó la brisa suave de un día primaveral en el que un ‘profeta galileo’, crucificado con criminales, sofocándose y atormentado por la sed, gritó angustiado a Dios de quien no recibió respuesta alguna. *El cáliz no nos dejará olvidar*. No nos dejará disimular el hecho de que Jesús murió en ‘mala compañía’; ni silenciará el grito de la sangre”.

¿Es este el motivo por el que encontramos difícil beber del cáliz? ¿Es por esto que algunos pasan de largo cuando se les ofrece el cáliz?

No es fácil. Jesús fue torturado, golpeado, despojado de sus vestiduras, azotado, clavado en una cruz y, por último, atravesado con una lanza. “Sangre y agua brotan del costado de un cadáver”, escribe Mitchell. “¿Y todos estos podían ser signos sagrados de que Dios estaba ‘reconciliando el mundo consigo’? No por nada los cristianos de Occidente se mantuvieron lejos del cáliz durante tantos siglos!”

Cuando bebemos del cáliz, nuestras entrañas arden con el fuego de la justicia. Esta sangre quema nuestras almas y sella nuestro compromiso de ser agentes de reconciliación en un mundo vulnerado con la sangre derramada por la violencia, la guerra y los atropellos. “Al beber del cáliz”, dice Mitchell, “nos comprometemos con la justicia y con la solidaridad para con los perdedores, los impotentes, los que carecen de todo, los reducidos a silencio, los excluidos y los descartados. El grito de la sangre de Jesús no nos dejará olvidar que él murió (como debemos morir nosotros) por y entre los débiles y vulnerables, los ‘trastos’ que las culturas imperialistas suelen odiar”.

Como escribe nuestro Padre Bob Schreier: “La copa de la sangre de Jesús nos hace partícipes tanto de la vida de Dios como de la lucha contra el sufrimiento del mundo”.

Cuando entremos en contacto con el contenido del cáliz de nuestros corazones, nos transformaremos en personas que con amor salen al encuentro de los marginados, los extranjeros, los que tienen el corazón lastimado y han sido traicionados, los pobres, los solos y extraviados, los enfermos y los que sufren, los acongojados y los culpables, los abandonados y olvidados. Seremos las personas que el mundo reconocerá como el vino nuevo de la compasión que todavía se sirve en el altar de nuestro mundo.